



Marzo, 2010

DESPUÉS DEL TERREMOTO

Leandro Sepúlveda
Académico Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado
Investigador del CIDE

*“La buena gente nos preocupa.
Parece que no pueden realizar nada solos,
proponen soluciones que exigen aún tareas.
En momentos difíciles de barcos naufragando
de pronto descubrimos fija en nosotros su mirada inmensa.
Aunque tal como somos no les gustamos,
están de acuerdo, sin embargo, con nosotros”
Bertolt Brecht*

El reciente terremoto que ha azotado a una parte importante del territorio nacional no sólo ha dejado un rastro de muerte y destrucción que duele y sorprende a todos, sino que también un conjunto de interrogantes que desafían las supuestas certezas que organizaban nuestra cotidianeidad hasta hace poco.

Con el paso de los días, la acción organizada (donde la acción solidaria no es más que una de sus expresiones posibles) ha matizado el impacto inicial de desorden y ausencia de sentidos colectivos para hacer frente al desastre (donde el pillaje es una de varias conductas eventuales); sin embargo, la ocurrencia del hecho, el reconocimiento de que en distintos momentos de nuestra existencia la vida cotidiana puede fracturarse, obliga a pensar con mayor altura de miras, con mayor perspectiva de futuro, evitando las lógicas de inmediatez propia de la reacción inicial ante una situación como la vivida.

En este marco parece importante iniciar una reflexión sobre los desafíos educativos que tenemos por delante. Como lo han señalado algunos expertos, la tarea de reconstrucción después del terremoto no significa volver a levantar en el mismo lugar aquello que cayó; la tarea es mucho más compleja, es necesario repensar la ciudad y los poblados en relación a las bases sociales y productivas que estas sostienen. Lo mismo ocurre con la educación; por cierto que en lo inmediato la tarea más urgente es reconstruir escuelas y liceos derrumbados, pero al mismo tiempo es una oportunidad (todo desastre ofrece, posteriormente, una oportunidad) de reconstruir algunos cimientos débiles que el terremoto no hizo más que evidenciar.

Hace algunos años la Comisión *Delors*, indicaba que los desafíos educativos para el siglo XXI se articulan sobre la base de algunos postulados fundamentales, entre estos, el reto de aprender a aprender, esto es, la generación de las capacidades cognitivas en las personas a fin de convertirlos en sujetos autónomos, capaces de construir su propio proyecto de vida y, junto a lo anterior, el reto de aprender a vivir juntos, es decir la

generación de espacios de convivencia, reconocimiento y tolerancia, sustento de la vida en común y el sentido de ciudadanía.

No se puede negar que en todo este tiempo ha existido un gran esfuerzo por mejorar la calidad de la educación en nuestro país; crecientemente se reconoce la importancia de contar con un capital educativo para hacer frente a los desafíos de futuro. Después del terremoto, por cierto, la escuela seguirá siendo evaluada y enjuiciada en relación a su capacidad de respuesta al primer desafío; eso no tiene nada de malo, y más allá de las legítimas diferencias en el debate sobre el tema, se trata de una necesidad y obligación que compete al conjunto de los actores de la sociedad.

Sin embargo, de igual manera, después del terremoto, la escuela también debería ser observada y acompañada en relación al segundo desafío, tarea menos evidente en el discurso público predominante y que, a la luz de los sucesos (todos los sucesos, incluyendo aquellos que se inscriben en la vaga noción de caridad), emerge como un llamado a repensar las lógicas de convivencia y aceptación del otro que han predominado en el último tiempo.

Por cierto, Aprender a vivir juntos, es mucho más que una actividad curricular o iniciativa de aula, es un principio básico de orden social, que cuestiona la segmentación y la exclusión que ha caracterizado nuestra sociedad y, por tanto, el sistema educacional chileno en los últimos años; la generación de lazos de confianza no solo implica la articulación comunitaria (tarea que la escuela cumple de manera evidente), sino que se trata de un llamado que obliga a construir y validar un proyecto y sentido de pertenencia para el conjunto de los habitantes de este territorio.

Después del terremoto, estas fracturas que evidencia nuestro sistema educativo (y que no son más que el reflejo del orden social que hemos construido durante estos años) nos advierten sobre los peligros que se vienen a futuro.

El debate sobre los desafíos educativos es, por tanto, no sólo de qué y cuánto se aprende (cuestión fundamental e irrenunciable) sino que también, con quiénes convivimos y hacemos frente a los hechos ordinarios y extraordinarios de nuestra vida en conjunto.